

cacion de tus hijos, con el fin de manifestarte, aunque brevemente, el punto de vista, bajo el cual debes enseñarles el espíritu y el designio del cristianismo. La religion, bien entendida, es el preservativo mas eficaz que puedes procurarles contra el contagio de la incredulidad, cuya rapidez en los progresos funestos que ha hecho en este siglo, dimana del vicio de la educacion, y de la profunda ignorancia en que vivimos, abismados sobre lo que hay mas digno en la tierra de ser incesantemente estudiado. La juventud entra en el mundo sin ningun principio de creencia, y sin haber comprendido el espíritu y obligaciones prescritas por la fé, de suerte, que tiene una alma enteramente dispuesta á dejarse corromper, y pasa de un golpe, de la indiferencia al aborrecimiento sistemático de la religion, llegando á ser incrédula antes de empezar á creer. Los principios de nuestra educacion doméstica, se reducen á darnos á conocer grandes ridiculeces, en vez de grandes verdades. En los colegios se nos enseña con una prolijidad fastidiosa, lo que aun en edad mas madura no somos capaces de entender, lo que en ningun tiempo nos interesa saber, ó por lo menos, no puede contribuir á hacernos ni mas virtuosos, ni mas felices. Los teólogos examinan en sus escuelas las magestuosas verdades de la religion con unas fórmulas áridas y desabridas, y nos hacen pasar en sistemas frios y especulaciones inútiles, un tiempo que estaria mas bien empleado en trazarnos el cuadro de la fé con toda su hermosura y viveza, en descubrirnos aquel manantial inagotable de grandezas y luces que contiene el depósito de las revelaciones divinas, y en hacernos inmutables en el conocimiento y posesion de todo el cuerpo de la santa doctrina. Los oradores evangélicos, sin exceptuar aquellos á quienes los bellos rasgos de su elocuencia distinguen de la turba de los predicadores, no pueden tampoco lisonjearse de que nos enseñan la ciencia de la reli-

gion, y de ser los preceptores de los hombres en esta vasta y magnífica carrera; porque el que mas hace, nos presenta en sus discursos solo una ú otra pequeña parte de doctrina aislada, y por consiguiente, destituida de la gran fuerza que recibe de su correspondencia y conexion con el plan universal dispuesto por Dios: y despues de haber pronunciado dos ó tres palabras, deducidas de la Sagrada Escritura, únicamente nos proponen y explican un punto de moral cristiana, recogiendo todo lo que juzgan oportuno para la instruccion de sus oyentes. Por este medio se logra conservar el amor de la religion en el corazon de los que la conocen; pero el conocimiento de ella no se enseña á los que no la saben. Esto es tan cierto, como que si un salvaje nos preguntase en dónde aprenderia nuestro culto y religion, nos encontraríamos muy confusos por no poder responder á semejante pregunta; y el salvaje se admiraria mucho mas al ver que en un pais en donde todo se enseña, y se encuentran tantos establecimientos para todas las ciencias y artes útiles á la felicidad de los hombres, no hay una escuela abierta siempre para todas las clases de la sociedad, en que se enseñe metódicamente la religion (1)."

(1) En efecto, estamos tan faltos de una perfecta educacion en esta parte, que no tenemos obra ninguna que nos trace con toda la exactitud, conexion, grandeza y sencillez el magnífico y sábio plan de la religion en toda su extension y relaciones, como quisiera nuestro autor. Hay excelentes obras y tratados particulares de todas especies, y sobre todos los puntos de religion; pero éstos sirven mas para defender su verdad y dignidad, que para darla á conocer con todo su espíritu y en todas sus partes. Las demas obras, como son: los catecismos, instituciones, &c., bien se ve que no son mas que una suma de los dogmas, y verdades reveladas que debemos saber y creer. Nos falta, por decirlo así, un plan metódico de esta excelente y magnífica obra, y que haga lo que los modelos y los planos elevados en la arquitectura. Una obra, pues, que explicase, si nos es permitido decirlo así, el orden arquitectónico de la religion, es

“No te hablo de esta suerte, amigo mio, animado de un espíritu de crítica y murmuración. ¡Ah! todo es imperfecto en la tierra, y al paso que me lamento al ver la insuficiencia de los arbitrios públicos, para evitar la ignorancia y el olvido de la religion, conozco las grandes dificultades que se oponen á la mejora y mudanza de las cosas. Mi fin solamente ha sido demostrarte la necesidad indispensable que tienen los padres de familia de ejercer un género de sacerdocio doméstico, y constituirse en medio de sus hogares los maestros y apóstoles de sus hijos. Verdaderamente no puede concebirse cómo un padre que conoce la fé, y que vive con la esperanza de sus promesas, puede mirar los tiernos renuevos que crecen á su vista sin derramar lágrimas de admiración, de alegría y de ternura; principalmente si contempla lo que deben ser algun dia aquellos preciosos objetos de sus desvelos y cuidados. Cuando vemos á los hijos de los reyes, siendo aun niños, entretenerse al lado del trono, sin hacer caso de toda la pompa que le rodea, ni pensar todavía en la gloria de su nacimiento, ni en la gran elevación de su destino, no podemos mirarlos sin admirarnos de que á unas criaturas tan pequeñas y débiles estén

decir, su grande y magnífico plan, su sábia economía, su objeto y espíritu, es á mi ver, lo único que nos queda que desear en materia de religion, y lo que haria á esta un gran obsequio. El autor da bastante idea de ella, y aun la trabajó con el título de *Pensamientos sobre la filosofía de la fé*; pero, segun nos dice él mismo, habiendo consultado su trabajo con algunos amigos suyos de buen gusto y delicadeza, le hicieron algunas observaciones, y queriendo aprovecharse de ellas, meditó refundir su trabajo y volverla á hacer de nuevo. No sabemos si lo habrá dejado hecho. Sin embargo, creo pueda servir mucho al intento otra que dice publicó con el título de *Pensamientos sobre la filosofía de la incredulidad*, para hacer ver, por contraposición, la verdadera y sólida filosofía de la fé, y dar una idea de su magnífico y bien arreglado plan. Esta obra quedó concluida, segun indica el autor. T.

reservadas tantas grandezas. Pero si pudiésemos, Dios mio, descubrir todo el valor del carácter con que está marcado el inocente niño que acaba de recibir á los piés de vuestro santuario el sello *de la generacion celestial*, ¿qué vendria á ser en su presencia toda la pompa y todas las coronas que los hombres dejan cuando descienden á los sepulcros? ¿Dónde está el heredero de los príncipes de quien puede decirse: este niño será grande, porque su poder es eterno, y su imperio jamas padecerá ninguna alteración? Si solo á los hombres sublimes está reservado el presidir á la educación de los soberanos, engrandecer su alma, y hacer que sus costumbres adquieran una forma y modales nobles y reales, ¿cuál debe ser la elevación y la superioridad de aquella persona destinada á desenvolver en las tiernas criaturas el gérmen de la divinidad que reside en ellas, amoldándolas, por decirlo así, segun la forma del infinito? ¡Oh preciosa infancia! ¿quién podrá verte sin amarte? ¿y quién podrá amarte sin llorar la inconcebible ceguedad de aquellos padres crueles que no aprecian en tí sino las instrucciones que te dan para pervertirte, atormentarte y perderte como ellos?”

“Así, pues, Filemon, para decirte en pocas palabras mis ideas relativas á los medios de que debes valerte para que hagas amar y conocer la religion á tus hijos, la primera y principal es, que nunca olvides que todo el buen efecto de tu celo, depende de que comprendan bien el espíritu y verdadero designio de la fé; y para conseguirlo, debes alimentarte y empaparte en la lectura y meditación de los libros santos; y cree que solo de esta fuente podemos sacar aquella abundancia, altura, unción, dignidad y autoridad toda divina, que nos hace capaces de las cosas mas grandes. Cree que allí solamente se encuentra el verdadero principio que fija nuestras ideas de orden, de justicia y de felicidad: y por último, cree que

allí únicamente se hallan los espectáculos dignos de la inmensidad de nuestra imaginación, los objetos proporcionados á la necesidad que tienen las grandes almas, y los sentimientos propios para excitar toda la ternura del corazón menos sensible.”

“Porque si analizamos bien á los hombres, conocemos que lo que mas los aparta de buscar los bienes que propone la fé, es una enfermedad superior á todo el poder del raciocinio; y solo el que sabe hacer que tome parte la naturaleza en los intereses de la religion, es el verdaderamente destinado para hacérsela adorar. Muy rara vez vemos que la razón sola determine nuestras costumbres, estimación, elección y conducta. De todas nuestras potencias, sola la imaginación y el corazón deciden de nuestros gustos, de nuestras opiniones y de nuestras costumbres; porque los objetos nos arrastran, según la impresión que nos causan. Mas esta disposición inherente á la imperfección de toda la naturaleza humana, es principalmente el carácter particular de la juventud. Sus almas inexpertas no saben en cierto modo sino mirar y sentir, y no tienen por reales y verdaderos, sino los objetos que perciben los sentidos del tacto y de la vista. Fuera de esto, todo es nada para ellos. Nosotros mismos, Filemon, somos también jóvenes en este particular toda nuestra vida; y cuando queremos excitarnos al amor de la religion, conocemos la necesidad de tocarla y tenerla en nuestras manos, porque así se presenta mejor al alcance de nuestra imaginativa y de nuestro corazón, y tiene por su parte mas proporción con lo que mas nos mueve y hierde en la economía de la naturaleza y de la sociedad. El gran secreto de hacer amable la fé, es el de hacernos admirar la perfección y el último grado de cuanto buscamos por todas partes y con mas pasión; es decir, el manifestarnos en la gran salud que Jesucristo trajo á la tierra, la suma total de todo lo que el hombre

desea, las verdaderas riquezas y la gloria sólida, la soberana prosperidad y la gran fortuna. No es esto decir que el establecimiento del reino de Dios pueda ser jamás obra de la prudencia humana; sino que, supuesto que Dios confía á los hombres la función honorífica de preparar sus caminos para el triunfo de la gracia, deben servirse de todo, hasta de nuestras pasiones y debilidades, á fin de conducirnos á entrar en aquella gran luz, en donde ya no hay necesidad de lecciones ni preceptos.”

“De esta suerte el Señor, que llama igualmente á la vida eterna á los mas rudos de los hombres que á los de mas elevados talentos, circunscribió toda la religion á una regla y orden de sucesos que la hacen palpable á todos, y le dan un ascendiente victorioso sobre las almas rectas y sensibles. Todo es en ella imágenes que hablan á los ojos, y accesibles á la comprensión de las personas menos cultas y ejercitadas. Desde aquel instante en que Dios, rompiendo su eterno silencio, mandó á la luz que saliese de la noche del caos, hasta el establecimiento de su pueblo en la tierra de promisión, y el triunfo de su culto en medio de Jerusalén, todo es una serie de hechos y prodigiosos acaecimientos, que siempre excitarían la curiosidad de los hombres, aun cuando aquel magestuoso aparato no se dirigiese á un fin que tanto nos interesa. Verdaderamente no puede leerse la historia sagrada, sin advertir que en otro tiempo hallaban los hijos de los patriarcas y profetas el consuelo de sus largos deseos, el premio de sus esperanzas y el apoyo de su fé en la memoria continua de las maravillas obradas por Dios para la fundación de su eterno imperio, á pesar de las extraordinarias vicisitudes que alteraban su plan frecuentemente. Los padres no enseñaban la religion á sus hijos, sino mostrándoles los monumentos de todo aquello que Dios habia hecho en favor de sus mayores, y exponiendo á sus ojos aquella larga serie de acaeci-

mientos y milagros que preparaban desde tanto tiempo la venida del gran día en que todo debía ser consumado con la muerte *del Cristo del Señor*. “¿Qué cosas tan grandes, exclamaba David, encomendó Dios á nuestros padres para que las trasmitiesen á sus hijos, con el fin de que nuestra posteridad no ignorase lo que se nos había referido! Los hijos que nacerán de nuestros descendientes anunciarán los mismos prodigios á los suyos, y así se conservará siempre la memoria de las obras de Dios, y los hombres de todas las edades pondrán en él su esperanza y perseverarán fieles á sus preceptos.”

“Mucho tiempo hace, Filemon, que algunos escritores, llenos del espíritu de la sana y venerable antigüedad, se esfuerzan todo lo posible para que se reconozca este método tan natural, tan fácil, y tan seguro de enseñar y hacer amable la religión. En efecto, ¿no es una de las mayores pruebas de su divinidad, su admirable historia y la magestad de su espectáculo? ¿Cómo, pues, un medio de instruir, que con tanto fruto emplearon nuestros padres, se ha abandonado en nuestros días, y todo el arte de la única enseñanza necesaria á los hombres se ha reducido solamente á abrirnos de tiempo en tiempo las puertas del templo, en donde encontramos un ministro de la religión, exponiendo sus propias reflexiones sobre un punto aislado y escogido casualmente del cuerpo de la santa doctrina? ¿Cómo puede haberse olvidado el sagrado depósito de las divinas Escrituras, que pertenece á todos los hombres, que es el patrimonio de todos los hijos de Dios y la gran riqueza del universo? ¿Y cómo no nos admiraremos al ver la profunda ignorancia en que están todos los fieles de la unión é íntimo enlace de las cosas que componen la esencia de la religión? ¡Ah! cuando un israelita religioso quería recogerse á admirar en su interior la conducta de los profundos fines de la divina sabiduría, le bastaba repasar

en su memoria lo que se le había enseñado de Noé, Abraham, Isaac y Jacob; y David se presentaba ante la magestad santa con una alma asombrada y sorprendida al considerar la grandeza de los planes de Dios. Entonces era cuando entonaba aquel sublime cántico: “¡Oh eterno Dios! nosotros hemos escuchado con nuestros oídos, y nuestros padres nos han referido también la obra que vuestro poder ejecutó en sus tiempos y en los siglos antiguos.”

“Ahora que la historia de la religión está ya completa, y que vivimos en unos tiempos en que están ya aclarados todos los misterios antiguos y nuevos; en el día que no tenemos que presenciar ninguna otra mudanza, porque el estado actual de la religión permanecerá el mismo hasta el momento de la ascension triunfante de la Iglesia al seno de la gloria de Dios; en el día que todo el secreto de los arcanos divinos se nos ha descubierto con toda la claridad posible, que todo anuncia *el fin de la consumacion* de los designios de Dios, que *el león de la tribu de Judá ha vencido*, que los templos de Cristo se elevan sobre todos los monumentos humanos, y que innumerables torres tocan al cielo con la cruz que selló la salud del universo; en el día, finalmente, en que todo está revelado y explicado, nada desconocido, viven los cristianos llenos de preocupaciones confusas, no han visto toda la magestad del edificio de la fé, ignoran aun el origen y fin de todo lo criado, no han percibido tampoco el inexplicable concierto, correspondencia, é íntima conexión que reina en las obras de Dios; ni menos se les ha demostrado las relaciones que unen el antiguo testamento con los misterios de la última alianza. ¿Y qué ha resultado de esta negligencia en el estudio y enseñanza de la religión? Que el perfecto conocimiento de las divinas Escrituras casi se ha perdido enteramente, y que la lectura de ellas ha llegado á ser la mas in-

grata y fastidiosa para el comun de los hombres; que no se tiene idea del designio y verdadero espíritu de la fé, y que se miran como extraños todos los acontecimientos anteriores á nosotros. Ya no pensamos en que Dios nos tuvo presentes desde el principio del mundo; que nosotros somos el objeto de todas sus determinaciones, la realidad de todas las figuras y cumplimientos de las profecías; que por nosotros hubo un Abrahan y Patriarcas, un Moisés y Profetas, una Jerusalem y un templo; y que todo ha sido criado y subsiste para los santos. De aquí proviene el poco aprecio de nuestra vocacion; el ascendiente casi siempre victorioso de nuestras pasiones é intereses, la inestabilidad de nuestra justificacion, la facilidad con que los hombres sacrifican todos los dias sus esperanzas eternas, y las promesas del Evangelio al péfido placer de vivir á voluntad de la ambicion y del orgullo. De aquí dimana el deplorable éxito con que una filosofia perversa se ha atrevido á emprender el descrédito de la religion, y la ruina de toda creencia y de todo deber. En el nacimiento del cristianismo bastaba que un Apóstol refriese en medio de numerosos concursos la conexion íntima que tenian los misterios de Jesucristo con todos los acontecimientos aparecidos en la inmensidad de los tiempos que precedieron á su resurreccion, para que millares de hombres se postrasen al punto delante de su cruz, y pudiesen ser incorporados en su alianza. No habia resistencia á un órden de tanto embeleso y tan digno de quien era su centro y su fin. En el dia los impíos no se convierten, y los buenos no perseveran; porque aquellos no han visto la verdadera luz, y éstos solo la han columbrado. Unos y otros viven *sin conocer el don de Dios* en la verdad y extension de su grandeza. Solo así puede concebirse cómo es fácil que puedan desecharle y renunciar á él.”

“¿No es verdad (decian entre sí los discipulos á quie-

nes habló Jesucristo despues de su resurreccion del modo con que se cumplió cuanto se habia escrito de él), no es verdad, que mientras nos manifestaba el sentido de las Sagradas Escrituras sentiamos abrasados nuestros corazones con un fuego todo divino? Ahora bien: cuando el Salvador les enseñaba sobre los misterios de su abatimiento y de su gloria lo unia con todos los acontecimientos, profecías é historia de los tiempos figurativos, comenzando, dice el Evangelio, por Moisés y por todos los profetas. Y este enlace de la antigua y nueva alianza que presenta un mismo cuerpo de religion, una misma serie de designios, una armonía en que brilla toda la magnificencia de la sabiduría infinita, y una imágen llena de sustancia y magestad, es el que infunde en el corazon de los discipulos aquel arrobamiento y fuego celestial que los penetra y trasforma en otros hombres.”

“Estéban, dicen los hechos de los Apóstoles, lleno de gracia y fuerza divina, asombraba á cuantos oian sus discursos, y nadie podia resistir á la abundancia y excelencia del espíritu que hablaba por su boca. *Hermanos míos*, les decia, *estadme atentos*. ¿Qué es lo que quiere anunciarles? Manifiéstales las maravillas de Dios, y compará los acontecimientos mas ocultos de los siglos antiguos con los que acaban de ver cumplidos en la persona, muerte y resurreccion de Jesucristo. Una voz del cielo fué la que arrancó á Abrahan de los brazos de la idolatría. Dios le acompaña en su fuga, le colma de bendiciones, hace que le admiren los extrangeros, y que su nombre vuele hasta los términos del universo, y honra su vejez con el nacimiento de un hijo milagroso. Esta familia amada del Señor se extiende y multiplica como las arenas del mar. No es ya una familia, es una nacion la que llega á ser el único objeto de los continuos cuidados del Omnipotente. . . . Dios le da un gefe á quien reviste con todo su poder y autoridad: habla

Moisés, y los milagros siguen sus pasos, las olas braman en su presencia, el Océano separa en dos montañas sus espumosas ondas, y el abismo levanta al cielo sus enormes manos. . . . El Eterno llueve de lo alto de las nubes el alimento para un pueblo innumerable. Del seno de las rocas, levantadas en medio de un árido desierto, nacen torrentes que se precipitan y derraman por las ardientes arenas. . . . Está decretado en el consejo del Altísimo, que libertados los hijos de Abrahan, Isaac y Jacob de la esclavitud de Faraon, entren en la tierra de sus mayores, y al solo nombre del valeroso Josué, tiemblan los enemigos del pueblo de Dios. A su voz los astros se paran, las fortalezas y baluartes se arruinan, titubean los tronos, se destruyen los imperios, é Israel canta en paz, en el templo mas magnífico que jamas ha existido en todo el universo, las misericordias eternas del Dios que los sacó de Egipto. . . . He aquí los augustos preparativos del gran día del Evangelio. He aquí el espectáculo que hace brillar con un resplandor divino el rostro de Estéban, y que mucho tiempo antes ofreció á David el asunto de la poesía mas rica y sublime que han visto los hombres.”

“Ved tambien pintado, con los enérgicos pinceles de San Pablo, el descenso de la eterna religion á la tierra desde lo alto de la inmensidad divina; como viene á habitar en Adan, que es su primer templo entre los hombres, y á explicarle, por qué Dios acababa de criar un mundo y una criatura inteligente capaz de adorarle. Ved cómo la virtud divina conserva siempre á la religion un santuario en medio de la degradacion del linage humano; cómo nada con Noé sobre las ondas que se han tragado la tierra con todas las pasiones y desórdenes, y con qué magestad y sábia lentitud se encamina por medio de los siglos, las revoluciones, los choques y los trastornos de los imperios hácia el último de los dias. . . . Ved cómo insensiblemente y por grados se desprende del velo

misterioso que la cubre, al paso que se adelanta hácia su fin; y cómo necesariamente cede todo en el universo á la fuerza del que quiere que triunfe en él de toda soberanía y de todo poder. Ved cómo todos los hombres y todos los reinos, con todas sus vicisitudes, empresas, victorias, ruinas, y con todos los grandes movimientos que los agitan, preparan, sin pensarlo, los caminos á la aparicion de la gran luz que trae consigo, y cómo en la plenitud de los tiempos viene al fin para el cumplimiento del gran misterio de piedad, profetizado y esperado desde el principio del mundo, subsistente y visible en medio de nosotros. Ved en qué Océano de dones y riquezas hace la religion que se engolfe todo el linage humano: cómo se incorpora con nosotros, deifica nuestra naturaleza; cómo hace que todos sus hijos participen de la alianza, inmortalidad y gloria de Cristo Hijo de Dios; y cómo hace del siglo futuro, y de todos los que han recibido sus promesas, un solo cuerpo, una misma familia, que el Dios de la eternidad recogerá el último día en su esplendor, y vivirá en ella por los siglos de los siglos.”

“¡Qué padre serás tan respetable y digno de amor, Filemon, si aciertas á poner á tus hijos en posesion de esta gran sabiduría, que no he hecho mas que bosquejarte rápidamente, y los conduces sobre este plan al conocimiento y aprecio de esta religion tan maravillosa y adorable, cuyo augusto sello han recibido!”

“Tales cuales sean las consideraciones que acabo de comunicarte, las creo suficientes para que ames la mas santa, la mas sublime, y la mas dulce de las obligaciones, y para convencerte de que Dios no te llama á un estado incompatible con las obligaciones y cuidados que la naturaleza y religion te imponen con un grito tan unánime y tan vivo. Es verdad que no hay vida tan afortunada y feliz como la de un buen cartujo; pero tambien es cierto que no hay cosa tan divina como formar los di-

chosos herederos de la eternidad; así como á la ternura paternal nada le es tan dulce y delicioso como asegurar á quien le es tan amada la posesion de unos bienes que nunca perecen. Vos, Señor, lo habeis dicho. El hombre que huye del tumulto de las ciudades, y escondido en lo mas enmarañado de una tranquila soledad, estudia y medita para su propia utilidad los preceptos de vuestra santa ley, brillará como un astro del firmamento delante del trono de vuestra adorable magestad. Pero el que al cuidado glorioso de su instruccion y santificacion personal añade el de ilustrar y salvar á sus semejantes, hermanos, parientes é hijos, á manera de aquella estrella que vemos correr en el vasto azul de los cielos, deramará en la inmensidad de los siglos eternos todo el gran resplandor de su luz y de su gloria.”

CAPITULO VII.

REGLAS PARA LA CONDUCTA EXTERIOR DEL HOMBRE RELIGIOSO.

Al llegar á este pasage, exclamó así Filemon: Yo me someto, oh Dios mio, á esta tan cuerda y luminosa decision, como á un oráculo de vuestra voluntad suprema y adorable; y bendigo mil veces en mi corazon al hombre virtuoso que de todo se vale para afirmar mi fé, y que al trazarme el plan de educacion para mis hijos, me ilustra al mismo tiempo acerca de las bellezas y caractéres de excelencia que estaba yo bien distante de percibir en la religion. Tiene razon, me decia yo á mí mismo, para admirarse de que haya malvados é impíos sobre la tierra, desde que la luz del Evangelio ha venido á brillar en ella á la vista de los hombres. Quien mire la religion del modo que él la miraba, debe tener por imposible el crimen de desconocerla y profanarla.

Insinuéle que queria vivir solo en el centro de mi casa, y que separado del mundo, en medio del mundo mismo, pasaria el resto de mis dias dedicándolos únicamente á Dios y al cuidado de mis hijos.

“No apruebo, me respondió, las resoluciones demasiado severas. La de romper enteramente el trato con los demas hombres, no la dicta el espíritu de la verdadera y amable piedad, y acaso no serviria mas que de hacer despreciable á los ojos del mundo su carácter interesante. Tiene esta clase de rompimientos repentinos no sé qué de molesto y enfadoso, que la malignidad no pierde la ocasion de hacer notar para desacreditar la virtud y ridiculizar los rectos sentimientos de los hombres de bien. Los talentos frívolos y disipados que no tienen un verdadero conocimiento de la religion, no juzgan de ésta sino por las costumbres é indole de los que se dedican á ella. Suponen siempre que la conducta del Evangelio no puede ser otra que la práctica de su doctrina, y si llevamos á muy alto punto la austeridad de nuestras precauciones y desconfianzas, dirá el mundo que el cristianismo destruye todas nuestras cualidades sociales; que no es bueno sino para hacer hombres misántropos é inútiles á los demas; y los que sientan cualquier deseo de abrazar la virtud, vivirán alerta, por decirlo así, contra sus remordimientos y temores, por no hacerse tan sombríos é intratables como nosotros. Entre los verdaderos cristianos es donde deben hallarse los hombres mas amables y los ciudadanos mas perfectos. El gran timbre de la religion es el de que, siendo bien entendida y practicada segun su verdadero espíritu, da un humor dulce y atractivo, un corazon benéfico y afable, y unas inclinaciones amistosas y humanas á las personas mas intratables y salvages. Muchos santos hay que han debido el primer movimiento que motivó la obra de su conversion á la dicha de haber encontrado con